



Fig. n.º 27.- Carrasco Andrés, Fidel; Carrasco Andrés, Julio; y Castillo Rodríguez, Carmen del (2018): Plaza de Toros Monumental de Sevilla. La dignidad de un proyecto, Madrid, Servicios Editoriales Grupo Nexo, 288 páginas.

**C**on un expresivo subtítulo –“Voces y silencios”– se publicaba en 2011 un interesante estudio sobre la antigua Plaza Monumental de toros de Sevilla que había sido

---

<sup>1</sup> Ramos-Kueth, Lourdes (2011): La Monumental de Sevilla. Voces y silencios, Ayuntamiento Sevilla ( Biblioteca de Temas Sevillanos, 80).

levantada en 2018 en la avenida de Eduardo Dato<sup>1</sup> y demolida doce años más tarde. Al subtítularlo de ese modo, su autora, la hispanista Lourdes Ramos-Kuethé, persona muy familiarizada con nuestra ciudad y muy al tanto de su reciente historia, subrayaba los interrogantes, las medias verdades, los “intereses adversos” y hasta el halo de misterio que todavía ocultan en la estimación general las verdaderas causas del fracaso de aquel imponente coso taurino, muestra señera de la moderna arquitectura del hormigón armado que entonces se iniciaba en España. Nacida de la voluntad de José Gómez Gallito por facilitar el acceso a la fiesta de amplias capas de población y del loable espíritu emprendedor de Julio Lissén Hidalgo, destacado empresario del negocio de la aceituna, la Monumental de Sevilla, con capacidad para más de 23.000 espectadores, tuvo una vida corta, consecuencia de la trágica muerte del diestro en 1920 pero también de una serie de acontecimientos que aceleraron su abandono, su ruina y finalmente su demolición en 1930.

Diseñada por el arquitecto vasco Francisco Urcola y construida bajo la dirección del sevillano José Espiau, dos profesionales de muy alta cualificación, cundió pronto, sin embargo, la idea de que la construcción ofrecía defectos estructurales y carencias técnicas que acabarían bien pronto con ella. Acabó, en efecto, la vida de tan colosal edificio pero no la controversia sobre las verdaderas razones de tan triste final, que algunas voces han venido atribuyendo tanto a la muerte de Joselito y al declive económico de Julio Lissén como a la desatención del municipio sevillano, volcado en las obras de la Exposición del 29, y también a intereses urbanísticos y a la competencia que la erección de aquella plaza supuso para el histórico coso maestrante, el único lugar en el que desde el siglo XVIII se venían celebrando los festejos taurinos en la ciudad. Sea como fuere, es lo cierto que la aciaga suerte de aquella Monumental sevillana continúa todavía teniendo todavía hoy no poco de oscuro y hasta

de enigmático en el imaginario de muchos aficionados y de otras personas interesadas por la historia de la fiesta de toros en Sevilla o por los problemas de su urbanismo.

En este contexto, cuando se cumplen los cien años de la inauguración de la plaza y con una doble orientación de carácter técnico e histórico, acaba de ver la luz este importante libro de Fidel y Julio Carrasco y Carmen del Castillo, con un prólogo de Ignacio Sánchez-Mejías y un epílogo de Manuel Grosso Galván. Un texto muy cuidado en su factura editorial, con un papel de mucha calidad y una riquísima aportación de planos, fotografías, dibujos y carteles de toros que ilustran con generosidad los aspectos constructivos, y urbanísticos de la Monumental sevillana pero también los referentes a la génesis del proyecto, la actividad taurina que la plaza desempeñó en tan corto período de tiempo (sólo tres temporadas), las vicisitudes de su edificación y las causas de su abandono y demolición.

En el prólogo Sánchez-Mejías discrepa abiertamente de la “verdad oficial” que achacó ese final a la falta de solidez de la plaza, y su abandono y derribo al hecho de que la Sevilla de entonces no tenía población ni capacidad para mantener abiertos dos cosos taurinos. En la “Introducción”, que en realidad funciona como el primer capítulo del libro, se da cumplida cuenta de los motivos que llevaron a su construcción, del propósito de Joselito de levantar una plaza con un amplio aforo para abaratar los precios de las entradas y hacer posible el acceso a la fiesta de las clases populares, del papel que en ese propósito jugó el empresario Julio Lissén y de la personalidad y la obra del arquitecto Francisco Urcola; se describe también la composición arquitectónica de la plaza y se subraya su similitud con la de Pamplona, construida sobre los mismos planos e inaugurada en 1930.

El capítulo segundo se dedica al análisis pormenorizado del proceso de construcción de la plaza: el material empleado, las dos pruebas de carga a que fue sometida, la primera, fallida,

en 1917, y la segunda, satisfactoria, en 1918; la clausura del edificio en abril de 1921; y los lentos y sucesivos trabajos de demolición, que no concluyeron hasta el año 1930. En el tercero se expone muy detalladamente el efecto que la plaza tuvo en la evolución del tejido urbano de aquella extensa zona de expansión de la ciudad, que en aquellos años ofrecía todavía un carácter muy rural y que en el curso del tiempo fue siendo colmatada por numerosos bloques de viviendas y otros muchos edificios, en uno de los cuales, en la avenida de Eduardo Dato, se mantiene todavía en pie una de las puertas de la cerca de la plaza, último vestigio de aquel frustrado coso taurino.

Con el título de “El sueño de Joselito hecho realidad” el capítulo cuarto informa, también con mucho pormenor, de los festejos celebrados en la Monumental, tanto corridas como novilladas, a lo largo de las tres temporadas en que estuvo abierta; de su rivalidad con la plaza de la Maestranza, y de su decadencia tras la cogida mortal de Joselito, su auténtico mentor, en la de Talavera. Y en el quinto y último se rastrea la presencia de la plaza en las páginas de la prensa y hasta en el cine.

Un interesante “Comentario final” de los tres autores del libro afirma, a modo de conclusión, que «la Monumental de Sevilla se planteó como una lucha entre el poder establecido, y Joselito y sus partidarios», y que «al final, como suele ser habitual, los poderosos ganaron, pero tuvieron que esperar a que muriera Gallito para ver el edificio clausurado y diez años más para verlo demolido». Tesis ésta que se explicita aun más en el epílogo de Manuel Grosso, quien atribuye en muy buena medida ese fracaso al poder que en aquel entonces ejercía en la sociedad sevillana la Real Maestranza de Caballería, propietaria de la plaza rival.

Rogelio Reyes Cano  
Fundación de Estudios Taurinos